

el mal que podían causarle en el momento, juzgó hábil tomar por colaborador al brillante publicista que poco antes le denunciara al odio del país. Benjamín Constant, por su parte no se detuvo ante la consideración de ofrecer con sus variaciones pasto á la maledicencia, y creyendo sinceramente que á Francia no le quedaba más recurso que el de transigir con el Emperador, aceptó el encargo que se le hacía. La situación de Francia era bien triste. Madama Staël, la compañera de glorias y fatigas de Constant en su ardiente campaña contra el Imperio, la habría retratado gráficamente, diciendo al abandonar á París, próximo el veinte de Marzo: «Si Napoleón triunfa, ¡ay de la libertad!; si es vencido, ¡ay de la independencia nacional!».

Benjamín Constant trabajó en el proyecto de Constitución con amor sincero á la libertad; en poco tiempo lo tuvo terminado y se lo llevó á Napoleón. Su obra era, según la expresión de Chateaubriand, «la Carta mejorada». En ella se respetaban los artículos de la Constitución del año duodécimo relativos á la herencia del Imperio y á los derechos de la familia imperial, pero se establecía formalmente la fiscalización del poder ejecutivo por el legislativo, y si se conservaba la Cámara de los Pares y se hacía hereditaria esta dignidad, por ser Benjamín Constant admirador de las instituciones inglesas, en cambio la de los Representantes del pueblo, nombre que se tomó de la historia revolucionaria, era elegida directamente. No se admitía el sufragio universal; pero se ampliaba el restringido, elevándose el número de electores de quince mil á cien mil. Se aumentaban las atribuciones de las Cámaras, confiriéndolas el derecho de presentar proposiciones de ley y enmiendas, de votar todos los años el contingente militar y los presupuestos, y de censurar las disposiciones y actos de los ministros. Se sancionaba la libertad de imprenta, y el conocimiento de los delitos cometidos por medio de la prensa se confiaba al jurado. Se abolían los tribunales prebostales; se restablecía la libertad de cultos, sin religión oficial; en fin, la declaración del estado de sitio se reservaba al Parlamento. «Discusiones públicas, libertad de imprenta», todo eso me parece muy bien, exclamó Napoleón; soy el hombre del pueblo, y si el pueblo quiere la libertad, se la doy.» ¿Era sincero? Hay que dudarle mucho. Desde luego Benjamín Constant había querido que el nuevo código político tuviese existencia propia é independiente en todo de las antiguas leyes imperiales. Napoleón se opuso y lo denominó «Acta adicional á las Constituciones del Imperio». Este título fué muy mal recibido por la opinión pública. También desagradó el carácter hereditario de los individuos de la Cámara alta. Benjamín Constant no había sabido apreciar la diferencia que existe entre Inglaterra y Francia.

El Acta adicional se publicó el veintitrés de Abril. Napoleón se había limitado á introducir en ella leves variaciones y añadirle un artículo, consignando que el pueblo francés no entendía delegar en nadie el derecho á proponer el restablecimiento de los Borbones ó la proclamación «de cualquier otra persona de esta familia»: palabras las últimas en que

se aludía al duque de Orleans. Se llamó en seguida al pueblo, para que aprobase la ley fundamental. Este empeño en conservar las formas de un régimen condenado por el sentimiento del país, fué causa de que no se hiciese la debida justicia á la obra de Benjamín Constant, la cual descontentó á todos, liberales, legitimistas, imperialistas, tributándole únicamente aplausos los pocos constitucionales que antes se erigieran en defensores de la Carta de Luis XVIII.

Este grupo se esforzó en recabar la adhesión de Lafayette, por el mucho prestigio de que gozaba el antiguo comandante de la guardia nacional. Aunque Lafayette se fiaba poco del liberalismo del Emperador, se mostró transigente, exigiendo, empero, que se reunieran las Cámaras; y fué tan fuerte la presión ejercida por los constitucionales en las Tullerías, que Napoleón tuvo que condescender, no sin dar claras pruebas de su mal humor. Ya antes había dicho: «Se me empuja por un camino que no es el mío; se me debilita; se me encadena. Francia me busca y no me encuentra, preguntándose dónde está el viejo brazo del Emperador, este brazo que necesita para domar á Europa. La primera ley es la necesidad; la primera justicia, la salvación pública.»

La convocatoria de las Cámaras neutralizó en parte la mala impresión causada por el Acta adicional; esto era ya algo más que vanas palabras; se tenía una prenda. Verificada la elección, salió de las urnas una asamblea liberal y patriota, pero cuyo sentido práctico no estaba á la altura de la bondad de sus intenciones. Los representantes iban preparados á adoptar toda clase de precauciones contra el despotismo de Napoleón, si bien estaban dispuestos á no negarle nada de cuanto necesitase para la defensa del país. Sabíase cuan apremiantes eran las circunstancias, qué unidos estaban los aliados y cómo se apercebían á lanzarse sobre Francia los numerosos batallones de los ejércitos extranjeros.

En la votación plebiscitaria dispuesta para sancionar el Acta adicional, hubo muchas abstenciones, no tomando parte en ella sino poco más de un millón quinientos mil electores, que, excepto unos millares, contestaron afirmativamente. Se había acordado proclamar el resultado del escrutinio general pública y solemnemente, congregando á la multitud en el Campo de Marte. A esta ostentosa ceremonia se le dió el nombre de Campo de Mayo, que se copió de las asambleas de los antiguos francos. Napoleón no escarmentaba: el recuerdo de Carimagno seguía siendo su pesadilla. El acto no pudo verificarse hasta el primero de Junio, aunque se había pensado celebrarlo en Mayo, asistiendo á él representantes de los colegios electorales, cuatro ó cinco mil electores, que llevaban las actas donde constaban los resultados del escrutinio, y diputaciones de todos los regimientos encargadas de recoger las bandéras tricolores que iban á entregárseles. Napoleón se proponía causar gran efecto en la opinión; mas, en vez de presentarse ante el pueblo y el ejército con el sencillo uniforme y el sombrero de Austerlitz, apareció vistiendo un traje de seda «teatral y estrafalario, gorra con plumas, gorguera á lo Enrique IV y manto im-

perial. La impresión que produjo fué deplorable. Leyóse un mensaje elocuente y patriótico de los colegios electorales, al que contestó el Emperador en frases llenas de dignidad y grandeza, protestando contra «la injusta agresión» de los extranjeros, que atentaban á la independencia de Francia. Por desgracia, carecía de autoridad para invocar el derecho: ¡lo había atropellado tantas veces! Terminado el discurso imperial, se repartieron las banderas. Los guardias nacionales juraron no sufrir que la planta del extranjero hollase otra vez el suelo de la capital de Francia, y la guardia imperial juró morir más bien que pasar por la humillación de ver á las potencias dictando leyes á la patria. Estos juramentos eran sinceros y la guardia imperial debía cumplir el suyo, «no de vencer, sino de morir», según frase de Thiers.

El tres de Junio, se reunieron las Cámaras. Napoleón quería que se eligiera presidente á Luciano, único de sus hermanos que no ciñera corona y con quien había andado desavenido durante casi todo el Imperio, como sabemos. Los representantes, sin embargo, rechazaron la candidatura del hombre de diez y ocho de Brumario y dieron sus votos á Lanjuinais, uno de los pocos senadores liberales del período precedente y coautor del decreto destituyendo á Napoleón. Este montó en cólera al tener noticia de la elección del antiguo girondino, á quien hizo llamar: «¿Sois bonapartista ó realista? preguntóle.» «Soy *patriotista*, respondió Lanjuinais; la causa de la revolución está hoy unida á la vuestra; si observáis el pacto constitucional, os sostendré fielmente.» Napoleón ratificó el nombramiento de Lanjuinais y procedió á designar á los pares hereditarios. El siete de Junio, convocó á los miembros de ambas asambleas en el palacio del Cuerpo legislativo: los representantes le acogieron bien; Lanjuinais había sido fiel intérprete de los sentimientos de todos. Pares y diputados juraron obediencia á las constituciones del Imperio y fidelidad al Emperador. Napoleón habló con claridad, sencillez y firmeza: pocas veces estuvo tan acertado diciéndoles que, pronto á partir para los campamentos, se confiaba sin reserva á su patriotismo. «El ejército y yo cumpliremos con nuestro deber», agregó. El doce de Junio por la mañana, se puso en camino.

Ya en esta fecha, Austria había dado buena cuenta de Murat, único aliado con que contara Napoleón. Murat, en efecto, obrando por su propia iniciativa y separándose de los consejos de su cuñado, había invadido los Estados del Papa y tomado la ofensiva contra los austriacos; mas dejándose embaucar por los ingleses, que le prometieron tratar con él si no atacaba el Piamonte, no remontó el Pó hacia Alejandría, como era lo natural, sino que bajó á lo largo de dicho río hacia Ferrara, intentando pasarlo precisamente por donde los enemigos podían estorbárselo. Los austriacos le rechazaron, y habiendo recibido refuerzo le persiguieron, desbaratando sus huestes en Tolentino. El ejército napolitano se desbandó y Murat tuvo que embarcarse, dirigiéndose á la Provenza. El veinte de Mayo, su trono había rodado por el suelo.

Los aliados disponían de setecientos cincuenta á ochocientos mil hombres, con más una reserva de trescientos mil. El antiguo ejército inglés de España, á las órdenes de Wellington, ocupaba ya la Bélgica occidental; en la oriental, prontos á darse la mano con él, había ciento veinte mil prusianos, capitaneados por Blücher; ciento setenta mil rusos avanzaban á través de Alemania para pasar el Rhin entre Maguncia y Manheim; doscientos cincuenta mil austriacos y alemanes se dirigían hacia el alto Rhin, de Maheim á Schaffouse; sesenta mil austriacos y piamonteses esperaban, en el Valais y la parte de Saboya reservada al rey de Cerdeña, la orden de ponerse en marcha; Suiza, no obstante su supuesta neutralidad, había levantado treinta y cinco mil hombres, que realmente se hallaban á disposición de los coaligados; por último, diez mil piamonteses amenazaban el Var.

Napoleón esperaba poder reunir para fines de Junio medio millón de hombres; pero, por de pronto, no tenía sino unos doscientos mil de tropas regulares y cuarenta mil guardias movilizadas. Dos planes podía seguir, atacar á los ingleses y á los prusianos en Bélgica y revolverse después contra los rusos y austriacos que aun estaban lejos, ó bien, dejar que los aliados tomaran la ofensiva, atraerlos á los alrededores de París y renovar en condiciones más favorables la campaña de mil ochocientos catorce. El segundo plan á pesar del inconveniente que tenía de entregar á Francia á los horrores de la invasión, era el mejor, á condición de comunicar á la guerra un carácter verdaderamente popular, evocando los recuerdos de mil setecientos noventa y dos. El organizador de la defensa y la victoria de mil setecientos noventa y tres, Carnot, trató de convencer á Napoleón, en una conferencia que celebraron el once de Junio, de las ventajas del plan defensivo. Napoleón le escuchó en silencio, limitándose á contestar: «En principio, tiene usted razón; pero mi política exige un éxito resonante». Esta vez aun el general era sacrificado al Emperador. Temía éste el efecto de la invasión en las poblaciones, efecto que no podría contrarrestar sino exaltando sentimientos que odiaba. Por otra parte, la necesidad de transigir con aquellas asambleas deliberantes de París, le traía inquieto y mal humorado. Ansiaba rodearse de la aureola del vencedor, para volver á hablar como dueño. Su genio comprendía que Carnot estaba en lo firme; pero su temperamento de déspota le llevó á inmolar conscientemente la nación infortunada que le había confiado su custodia, en aras de sus antipatías y de su orgullo. Resuelto, pues, á atacar á sus enemigos, trató de engañarles, ordenando que se hicieran algunas demostraciones por el lado de Dunquerque, y en seguida reunió rápidamente sus tropas y pasó el Sambre por Charleroy, para aislar á los prusianos de los ingleses. El día diez y seis de Junio, se libraron dos batallas simultáneamente: Ney se batió con los ingleses en Quatre-Bras; Napoleón, con Blücher en Ligny, cerca de Fleurus. Ney alcanzó alguna ventaja sobre sus contrarios, aunque no pudo completar su victoria; Napoleón triunfó de los prusianos, que perdieron veinte mil hombres, mas no